Tahar Ben Jelloun

Carta al presidente Sarkozy

Señor presidente, tengo la suerte de gozar de dos nacionalidades: soy marroquí y francés desde 1991. Soy feliz de pertenecer a dos países, a dos culturas, a dos lenguas y lo vivo como un permanente enriquecimiento. Tras sus declaraciones de Grenoble sobre la posibilidad de retirar la nacionalidad francesa a toda persona que cometa un delito grave, siento mi nacionalidad francesa algo amenazada, o cuanto menos fragilizada. No porque tenga intención de caer en la delincuencia y alterar gravemente el orden público, sino porque lo vivo como un ataque al pedestal fundamental del país, su Constitución. Y eso, señor presidente, no es admisible en una democracia, en un Estado de derecho como Francia, que sigue siendo pese a todo el país de los derechos humanos, el país que ha acogido y salvado a cientos de miles de exiliados políticos en el siglo pasado.

Usted declaró en el 2004, cuando era ministro del Interior, que "para cada delito debe haber una respuesta firme. Pero esta no puede variar según de dónde se sea, según el carnet de identidad sea francés o no". El presidente que usted es hoy contradice al ministro que usted fue. Eso me lleva a reflexionar sobre su función y responder tardíamente al debate que uno de sus ministros creyó oportuno lanzar sobre la identidad nacional. La nacionalidad es parte de una identidad. Puede ser doble, como es mi caso. Yo no me veo privado de ninguna de las dos, me sentiría disminuido.

Por otro lado, ninguna sociedad es racista en sí misma. Es estúpido e injusto decir que "Francia es un país racista". Francia, como tantos países, se ve traspasada por tendencias proclives a la exclusión y al racismo, a veces por causas ideológicas y políticas, y en otras ocasiones por razones de enfermedad social, pobreza y miedo. Hacer una amalgama entre inseguridad e inmigración es más que un error, es una falta. El papel de un dirigente político es desalentar, incluso impedir que estas tendencias se desarrollen. Un jefe de Estado no debe reaccionar por sus humores o sus tripas. Al revés, no es un ciudadano que pueda permitirse decir cualquier cosa. Es alguien que debe sopesar sus palabras y medir las consecuencias que pueden acarrear. La historia guarda sus declaraciones, las buenas y las malas, las justas y las inoportunas. Su quinquenio quedará marcado por algunos de sus excesos lingüísticos. Cualquier persona insultada tiene derecho a reaccionar. Un jefe de Estado, no. No es que alguien esté autorizado a faltarle al respeto, sino que un presidente debe situarse por encima del nivel del ciudadano medio. Es usted un símbolo, portador de una noble y excepcional función. Para llenar esta función, para consolidar esta ambición, hay que saber tomar altura y no ceñirse a los hechos hasta el punto de olvidar que es usted un ciudadano de excepción.

MESEGUER

Haya salido de un partido que defienda valores de derecha o de izquierda, el jefe de Estado, porque ha sido elegido por sufragio universal, debe ser el presidente de todos los franceses, incluidos los franceses de origen extranjero hasta cuando la desgracia golpea su destino o les predispone a una precariedad patógena. Sus declaraciones recientes, denunciadas por un editorial de *The New York Times* y por personalidades tan importantes como Robert Badinter, son la evidencia de un patinazo que quizá le proporcionará algunos votos del Frente Nacional en el 2012, pero que, señor presidente, le coloca en una situación difícilmente defendible.

Entiendo su preocupación por la seguridad. No encontrará a nadie que defienda a los ladrones que disparan contra agentes de la policía o la gendarmería. Ahí está la justicia para dar una "respuesta firme" a esos delitos; deben ser juzgados sin que sus orígenes, su religión o el color de su piel sean tenidos en cuenta. Si no, caeríamos en el apartheid. Pero la represión no es suficiente. Habrá que ir a las raíces del mal y sanear de manera definitiva la dramática situación de las *banlieues*.

Es más fácil suscitar la desconfianza, incluso el odio, al extranjero que el respeto mutuo. Un jefe de Estado no es un policía al que le han mejorado su condición. Es el más alto magistrado, cuyas conducta y palabras deben ser irreprochables. Es el garante de la justicia y del Estado de derecho. Cuando usted, señor presidente, promete arrebatar la nacionalidad a los delincuentes de origen extranjero que pongan en peligro la vida de un policía o de un gendarme, aplica un discurso que la Constitución rechaza. Sabe que la aplicación de una ley como esa, si es votada, crearía más problemas de los que resolvería. No le corresponde a usted lanzar esta amenaza.

Señor presidente, usted debe saber sin duda lo que la oenegé Transparence France ha escrito en su último informe. Por si se le había escapado, le cito una de sus conclusiones: "Francia sigue mostrando una imagen relativamente degradada de su clase política y de su administración pública". Francia, por otra parte, está clasificada en el puesto número 24 del ranking, sobre 180 países, en lo referente a corrupción.

La crisis económica no es una excusa. La crisis moral es un hecho. Le corresponde a usted, señor presidente, restablecer la imagen de Francia en lo que ella tiene de más bello, de envidiable y de universal, es decir, su estatus de país de los derechos humanos, país de la solidaridad y la fraternidad proclamadas, tierra generosa, rica por sus diferencias, rica por sus colores y sus especias, mostrando que el islam es compatible con la democracia y la laicidad. Por ello, señor presidente, le ruego que borre de su discurso las desgraciadas ideas que un partido de extrema derecha difunde con el objetivo de cerrar este país sobre sí mismo, aislarlo y traicionar sus valores fundamentales.

Reciba, señor presidente, la expresión de mis mejores deseos.●

T. BEN JELLOUN, *escritor, miembro de la Academia Goncourt*

DEBATE. Las TIC / **Jordi Torres**

Internet, un derecho universal

Finlandia es conocida por su vanguardia tecnológica. Como saben, pueden presumir de disponer de una de las principales empresas del mundo de telefonía móvil. Pues bien, Finlandia nos vuelve a sorprender con otro ejemplo de su capacidad de adaptación a los nuevos tiempos al darse cuenta de que internet desempeña un papel capital en la prosperidad de sus ciudadanos, especialmente de los más jóvenes. Por ello, a partir del pasado julio es el primer país del mundo que dispone de una ley que considera el acceso a internet un derecho de todos sus ciudadanos, asegurando el acceso y evitando la exclusión.

Para Europa, internet ya no es un canal de comunicación más. Es la base sobre la que se está edificando una nueva sociedad de la información, necesaria para un crecimiento económico sostenible. Internet está pasando a ser un servicio básico, como la electricidad. ¿Se imaginan cómo sería nuestra sociedad sin electricidad? Está claro que podríamos vivir sin ese servicio y también que podríamos tener un futuro sin internet, pero no duden de la transformación que tendrá lugar cuando un acceso de calidad a la red llegue a todos. Será similar a la producida por la universalización de la electricidad.

Aunque ya hay propuestas en esta dirección como la Xarxa Oberta de la Generalitat de Catalunya o el Programa Escuela 2.0 del Ministerio de Educación, nuestras administraciones deben ir más rápido. Y es posible de la forma que las administraciones intervienen en el sector eléctrico: garantizando el suministro. Es cierto que hay riesgos, y por ello debemos encontrar soluciones a los retos que surgen, pero mientras nuestros gobiernos elevan el acceso a internet a su verdadera dimensión.

Recordemos que en Finlandia el 95% de la población tiene ya acceso a internet, mientras que en España sólo el 50%. También nos adelanta en educación y plasma su liderazgo en los informes PISA, que tantas reflexiones provocan. ¿Quizás será también esta variable de conexión a internet una de las que han permitido el liderazgo de Finlandia en los informes PISA de educación? Creo que algo tiene que ver.●

J. TORRES, *catedrático de la UPC, Barcelona Supercomputing Center-Centre Nacional de Supercomputació (BSC-CNS)*

Pilar Rahola

El caso Jesús Neira

No puedo evitar cierta tristeza cuando escucho sus exabruptos o cuando le veo revestido de carne de paparazzi, fotografiado mientras sopla el alcoholímetro. Se ha convertido en la caricatura grotesca del héroe, en su propia mueca. Y así, el hombre que llegó al podio mediático de la mano de un gesto valiente que lo tuvo al borde de la muerte es hoy uno de esos animalitos de feria que sirven para hacer puntería con pistolas de broma. Dicen que nadie cae más deprisa que quien deprisa ascendió... Las radios y televisiones le ponen narices de payaso, y en los dimes y diretes es el ejemplo del antihéroe, tan precipitadamente ensalzado como ferozmente derrocado. Por supuesto, él ha trabajado en la labor de zapa de su autodestrucción, metiéndose en barrizales políticos que le venían grandes, insultando a siniestro mientras se amparaba en las mieles del diestro –¡sacro poder Aguirre!–, mostrando una feroz agresividad, más propia del chulo de barrio con el que se enfrentó que del caballero que saltó a la fama rescatando doncellas. Desde el minuto uno de su vuelta a la vida, cuando consiguió sobrevivir a un terrible coma, Jesús Neira fue labrando su carrera hacia el infierno. Lo tenía todo para ser el héroe popular, el espejo donde los hombres de bien reflejan aquello que deberían ser, cuando el mal golpea a mujeres y violenta escenarios. Pero ahora es un saco de contradicciones, un patético guiñol, el héroe griego reflejado en el espejo cóncavo...: puro esperpento valleinclanesco. Nada de lo que le ocurre le es ajeno, porque, para su desgracia, Jesús Neira parece ser su peor enemigo.

> Ahora es un saco de contradicciones, un guiñol, el héroe griego reflejado en el espejo cóncavo

Sin embargo, ¿parte de su caída al abismo no tiene que ver con el burdo uso que de él han hecho algunos, especialmente doña Esperanza? Vieron la piel de un héroe y lo devoraron con la voracidad propia del hambre política, y otorgándole púrpuras de poder, dejaron al rey del pueblo desnudo. Lo peor es que Neira se lo creyó, se creyó que formaba parte de algo, de algunos, que estaba a algún lado de la guerra del poder, y actuó peor que ellos, con el estilo chapucero propio de los recién llegados. Y así, de la mano de sus miserias, sus grandezas fueron desapareciendo del subconsciente colectivo, hasta el punto de que el trágico Neira de hoy no recuerda, en nada, al épico Neira de ayer. Fue en ese momento preciso cuando se despertó la cólera de Aguirre, y allí donde hubo premios y cargos, hoy hay un "quita bicho, que este señor no es de los míos". Esperanza Aguirre usó y abusó del Neira heroico, sin preocuparse del escupitajo que ello significaba para su imagen. Porque los héroes no son de nadie, y cuando son de alguien, ya no son héroes. Y ahora que el héroe ha caído y el muñeco está roto, la madre superiora lo abandona con la misma facilidad con que lo manipuló. Es la voracidad del poder, que sabe evacuar, incluso sin tener entrañas.●